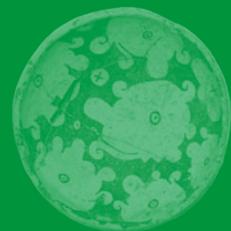
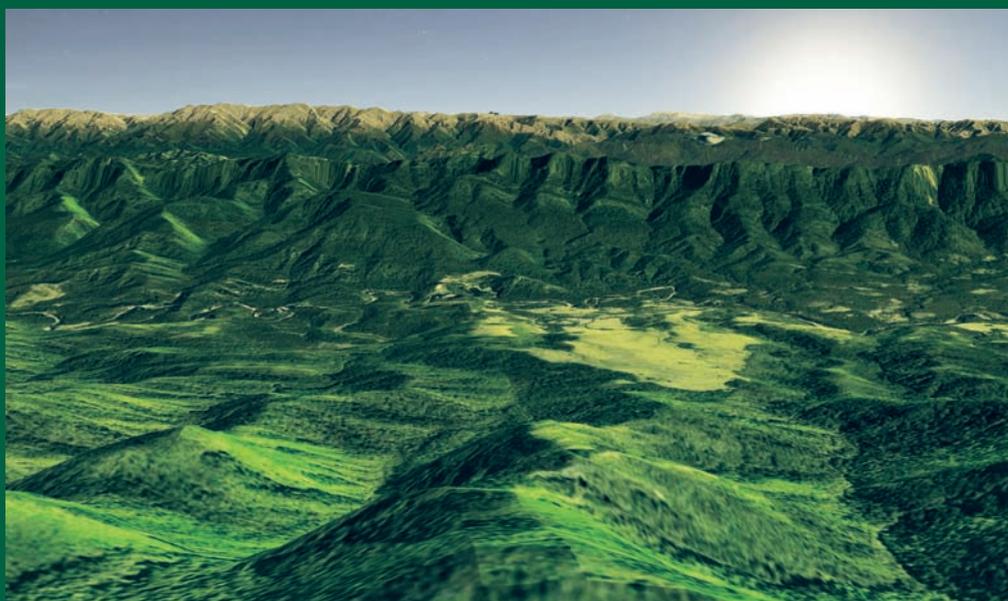


ARQUEOLOGÍA DE LA VERTIENTE ORIENTAL SURANDINA

Interacción macro-regional,
materialidades, economía y ritualidad



**Beatriz N. Ventura, Gabriela Ortiz y María Beatriz Cremonte
(editoras)**



ARQUEOLOGÍA DE LA VERTIENTE ORIENTAL SURANDINA

Interacción macro-regional, materialidades, economía y ritualidad

*Beatriz N. Ventura, Gabriela Ortiz y María Beatriz Cremonte
(editoras)*

Buenos Aires
2017

Arqueología de la vertiente oriental Surandina : interacción macro-regional, materialidades, economía y ritualidad / Beatriz N. Ventura ... [et al.]; compilado por Beatriz N. Ventura; Gabriela Ortiz; María Beatriz Cremonte. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2017.

Libro digital, PDF - (Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología / Leandro Hernán Luna)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1280-32-2

I. Arqueología. II. Ventura, Beatriz N. III. Ventura, Beatriz N., comp. IV. Ortiz, Gabriela, comp. V. Cremonte, María Beatriz, comp.

CDD 930.1

Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología

Responsable:

Dra. María Florencia Becerra. CONICET, Instituto de Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

edicionessaa@gmail.com

Libro co-editado por Beatriz N. Ventura, Gabriela Ortiz y María Beatriz Cremonte.

Ilustraciones de tapa: Carla Jaimes Betancourt, Fabiana Bugliani, Gabriela Ortiz y Beatriz Ventura

Armado y diagramación: Beatriz Bellelli

© 2017, by Sociedad Argentina de Antropología

Sociedad Argentina de Antropología

Moreno 350. (1091) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

edicionessaa@gmail.com

www.saanropologia.com.ar

ISBN 978-987-1280-32-2

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Este libro es una Co-edición de la Sociedad Argentina de Antropología. El Co editor asume toda la responsabilidad del mismo, desligando a la Sociedad de las acciones civiles y penales que pudieran surgir por la publicación de su obra. Declara que el Libro es de su exclusiva autoría/ de la exclusiva autoría de los autores de cada capítulo, por lo que el/ella/ellos serán el/los único/s responsable/s ante cualquier reclamo de terceros y cualquier acción civil o penal que surja con motivo de la edición y/o publicación de su obra por motivos de su contenido, plagio o paternidad de la obra, coautoría, injurias, etc. y, en general, ante cualquiera de las responsabilidades establecidas en la legislación sobre propiedad intelectual y normas reglamentarias, asumiendo frente a la Editorial todos los daños y perjuicios que pudieren ocasionarle por tales motivos.

MEMORIAS DE MONTAÑAS Y METALES. INCAS Y CHIRIGUANAES EN EL ESTE DE LOS ANDES

Pablo Cruz*

EL INFIERNO VERDE, LOS INCAS Y LOS REYNOS PERDIDOS DEL METAL

Es casi una generalidad que en las representaciones que se tienen de una región o de un territorio determinado, el pasado de los mismos se vea relacionado casi automáticamente con una cultura, o un período particular, considerado como representativo, cuando no emblemático del mismo. Tal es el caso de los Andes con los incas. Ciertamente, mucho de estas adscripciones resultan de los procesos de construcción de las identidades nacionales, sobre todo cuando las mismas resultan un motivo de orgullo colectivo. Pero muchas veces, para que estas filiaciones identitarias tengan su efecto, tienen que poder conjugarse comparativamente con sus opuestos. El Imperio del Sol de los incas no sería el mismo si sus fronteras no tuvieran que haber lidiado con los salvajes y feroces indios de la vertiente oriental andina, llámense éstos, antis, chunchos o chiriguanos.

La construcción de la vertiente oriental andina como espacio inhóspito y salvaje respondió en gran medida a la visión del *Tawantinsuyu* transmitida a los españoles por los propios incas. Sin embargo, sabemos que, por lo menos en los casos de los cuadrantes sur y este del Imperio, el *Collasuyu* y el *Antisuyu*, su expansión territorial superó por mucho los límites señalados en las fuentes históricas¹, los cuales se encuentran resumidos en el conocido mapa de las “tribus y provincias” del Imperio Inca confeccionado por el pionero de Rowe (1963:189). En esta perspectiva, el límite oriental del *Tawantinsuyu* habría estado marcado por una serie de establecimientos imperiales interpretados como fortalezas de frontera y guarniciones de avanzadas, tales como Ixiamas en el piedemonte del norte de La Paz, Samaipata en Santa Cruz de la Sierra, Oroncota y Cuzcotoro en Chuquisaca, Pueblito de Calilegua en Jujuy, y más al sur el Pucará de Aconquija, por sólo citar algunos (Figura 1). Más allá de estos límites se encontraría un vacío territorial ocupado, tal como lo señala Rowe en su mapa, por unas no muy definidas “tribus de montaña”.

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales Regionales y Humanidades (CISOR). Universidad Nacional de Jujuy. saxrapablo@gmail.com



Figura 1. Mapa con localización de Saipuru e informaciones referidas en el texto.

Esta interpretación de la frontera oriental del *Tawantinsuyu* en la vertiente oriental andina puede ser hoy cuestionada. Primero, por las propias funciones que tuvieron estos establecimientos incaicos terminales, los cuales, de manera

general, fueron muy poco estudiados. En los casos de los centros administrativos de Ixiamas y Samaipata sus caracterizaciones como “fuertes” habrían sido dadas durante sus ocupaciones coloniales; mientras que Cuzcotoro, Oroncota y Pueblito de Calilegua, interpretados como establecimientos fronterizos, en algunos casos como guarniciones militares (Raffino 1993), se tratarían más bien de sitios relacionados con la explotación de recursos locales, en particular la explotación de yacimientos mineros. Incluso, otros establecimientos atestiguan sobre una expansión de los incas más allá de la vertiente oriental andina. Por ejemplo, el sitio Las Piedras localizado en la confluencia de los ríos Madre de Dios y Beni en la Amazonia boliviana (Pärssinen *et al.* 2003), Saipurú en el Chaco boliviano (Cruz y Guillot 2010) y, quizás el caso más extremo, aquellos establecimientos incaicos localizados en la cuenca del río Salado en la provincia de Santiago del Estero (Taboada y Angiorama 2010). En este mismo sentido, recientes estudios históricos vienen subrayando una presencia de los incas en la vertiente oriental andina y tierras bajas relacionada principalmente con la explotación y producción de metales, dando una nueva vida al debate en torno al ya legendario Paititi (entre otros, Tyuleneva 2003, 2011; Combès 2005, 2009, 2011; Julien 2007, 2005), sin duda el más renombrado de los reinos de metal ubicado al este de los Andes. Recordemos aquí que, desde las expediciones de Candia y Peranzúñez (1538-1539) en adelante, la búsqueda de esta fabulosa fuente de metales fue el motivo por el cual se realizaron la mayoría de las entradas españolas en las tierras bajas, tanto desde el Perú como desde el Paraguay. Sin embargo, no sólo ninguna de estas expediciones que se adentraron en el infierno verde logró dar con este legendario lugar, sino que muchas de ellas terminaron en verdaderas catástrofes. Aun así, la multiplicidad de referencias historiográficas sobre el Paititi deja pocas dudas acerca de su real existencia, y de su vínculo con los incas.

No existe actualmente un consenso sobre el origen y significado del término “Paititi” y sus variantes lexicográficas. Incluso, partiendo del mito de Pai Sumé, nombre dado en muchos pueblos de las tierras bajas a una divinidad civilizadora, Combès relacionó recientemente el Paititi con el mundo guaraní al punto de afirmar que se trata de “un nombre, una creencia y una búsqueda guaraní” (Combès 2011:98). Desde nuestra perspectiva, el sentido de la palabra Paititi se encuentra en los Andes, donde aparece en las fuentes andinas varias décadas antes que en las del Paraguay, vinculándose siempre con las fuentes de metales. En efecto, en quechua, Paititi puede ser desglosado en el artículo “*pa*” (el) que actúa como prefijo nominal y “*titi*” que se traduce como plomo (Santo Tomás [1560] 1951:175; González de Holguín [1608] 1952:225). Mientras que en aymara, *titi* fue traducido por Bertonio ([1612] 1984:353) tanto como plomo como “gato montés”, refiriéndose a la aparición de un felino solar sobre las peñas de la isla Titicaca. El término *titi* tuvo, sin embargo, un sentido mucho más amplio que estas dos aserciones. Más que referirse al plomo, *titi* habría sido una denominación genérica dada

a los metales o, al menos, a un conjunto de ellos. El sentido polimetálico de esta palabra es señalado explícitamente tanto por el propio Ramos Gavilán ([1621] 1976:46) cuando afirma que *titi* (aymara) “significa cobre, plomo estaño” como en los diccionarios de Santo Tomás ([1560] 1951) y González de Holguín ([1608] 1952). En el antiguo puquina del Collao, *titi* se presenta como variante de “*tiri*” en una acepción cercana a la de “Señor” (Cerrón Palomino 2011:126). En estos sentidos, muy probablemente el nombre de Paititi habría sido utilizado en referencia al “metal”, y más precisamente al “lugar del metal”. Así, más que un lugar en particular, se trataría de un término aplicado a aquellas importantes fuentes de metal, lo cual resulta coherente con las múltiples y divergentes referencias sobre el “Paititi” que aparecen en las fuentes documentales coloniales. En efecto, bien que la mayoría de estas fuentes concuerdan en que el Paititi estuvo localizado al este de los Andes, ellas lo ubicaron entre algún lugar de la Amazonía peruana (Ucayali, río Madre de Dios) y el área de Larecaja y el Beni (Tipuani, Moxos), llegando incluso a las puertas del Mato Grosso (serranías de San Simón y dos Parecis). En relación a lo señalado anteriormente, es de destacar que, desde el punto de vista metalográfico, cada uno de estos Paititi referidos en la documentación colonial se encuentran en zonas que se corresponden con importantes depósitos de minerales metalíferos: la franja polimetálica de la cordillera oriental (todo a lo largo de la vertiente oriental), la cuenca aurífera amazónica (Ucayali, Moxos), la franja polimetálica de Sumsas (Moxos y Chiquitanía) y la cuenca aurífera de Paragua (río Iténez, serra dos Parecis) (Tejada Soruco 2012:27).

A la luz de informaciones históricas y nuevos datos arqueológicos, en este trabajo procuramos a contribuir en el debate actual sobre las interacciones entre los Andes y las tierras bajas desde una mirada meridional de la vertiente oriental andina. Más allá de poner en cuestionamiento las bases y supuestos de una narrativa de los Andes fundada en su alteridad con las tierras bajas, el objetivo es reflexionar acerca de la gravitación que tuvieron “la montaña” y las tierras bajas en los procesos históricos y dinámicas culturales de los pueblos andinos, particularmente en los incas. En un primer tiempo trataremos sobre la caracterización de la vertiente oriental andina y tierras bajas adyacentes como espacio de salvajismo, concentrándonos en el caso de la cordillera chiriguana y la categoría de *chiriguanae*². Seguidamente, partiendo de los resultados alcanzados en Saipurú (departamento de Santa Cruz, Bolivia), trataremos sobre la presencia de los incas en esta región y su relación con la producción de metales.

LOS CONFINES DE LOS ANDES Y LA CORDILLERA CHIRIGUANA

Como sucede con varias otras grandes regiones del planeta, los Andes, en tanto que sustrato cultural, fue más el resultado de un constructo narra-

tivo forjado desde la alteridad que el reflejo de una unidad palpable dentro de la diversidad geográfica y ambiental que posee la formación montañosa del mismo nombre. Sería a partir del desembarco de los españoles en la costas del Perú, cuando sus ojos se toparon frente a una multiplicidad de nuevos relieves, culturas, lenguas y territorialidades, que esta narrativa comenzaría a moldearse, varios años antes de que la palabra Andes asomara en el vocabulario adoptado por los conquistadores. Recién a finales de los años 1540 el vocablo Andes aparece en las fuentes históricas (por ejemplo, Anónimo [1548] 1896:227), como una derivación del término “*Antisuyu*”, en referencia tanto al nombre del cuadrante oriental del *Tawantinsuyu*, como al espacio de verdes serranías situadas al este del Cuzco, territorio de un histórico enemigo de los incas: los antis. En contraste con la “sierra”, que identificaba por entonces al espacio altoandino, los Andes fueron el lugar ocupado por las “montañas”. No se trataba únicamente de una diferencia de alturas y relieves, “las espantables montañas que decimos de los Andes” (Sarmiento de Gamboa [1572] 1943:40) eran descritas como un verdadero infierno vegetal, de tierras enfermas e infestadas por insectos y fieras y, por sobre todas las cosas, poblada por salvajes y belicosos indios, como los antis y los chunchos³, tenidos por comedores de carne humana (p.e. Guaman Poma de Ayala ([1615] 1989; Sarmiento de Gamboa [1572] 1943). La sierra, por su parte, era el espacio de los pueblos civilizados, como los incas y los *qulla*, de sus ciudades, sus caminos y sus chacras cultivadas. No sería hasta finales del siglo XVI que el término Andes comenzaría a emplearse, por ejemplo bajo la pluma del extirpador Acosta ([1590] 1987:94), para referirse al conjunto de la cordillera (altiplano, sierra y montaña). Paradojicamente, con el correr de los años, la palabra Andes se identificaría más con la otrora sierra, mientras que la montaña continuaría llamándose como tal.

Esta imagen de la vertiente oriental andina como un impenetrable contrafuerte de cerros abruptos, bosques y alimañas, se encuentra claramente expuesta en el “Mapa Mundi de las Indias del Perú” de Guaman Poma de Ayala ([1615] 1989:983-984). En el mismo, el espacio “andino”, donde figuran los representantes de los cuatro cuadrantes del *Tawantinsuyu* y los nombres de las principales ciudades del Perú, es mostrada como una extensa y apacible planicie que se extiende hasta el Pacífico, omitiendo toda figuración de cerros y cordilleras. Más aun, en la misma cadena de montañas de los antis y los chunchos, aparecen los “Chille hasta los yndios Arauquas, Mosquitos que fueron sugeto al Ynga”. De suerte que, en una clara visión ptolomeica del espacio, las montañas vinieron a marcar desde la alteridad no sólo los límites de los Andes, sino los confines del mundo civilizado.

Desde esta narrativa del Ande civilizado y civilizador, los antis se extendieron física y conceptualmente hacia el sur más allá del territorio de los chunchos, incorporando las montañas meridionales que serían más tarde conocidas como “cordillera chiriguana”. Así fue señalado explícitamente por Garcí-

laso de la Vega ([1609] 1985), sin duda uno de los principales artífices en la construcción de esta narrativa, quien no dudó en replicar para esta región las mismas características de salvajismo anteriormente otorgadas a los antis.

determinó el Inca Yupanqui, pasados cuatro años después de haber enviado el ejército por el río abajo, como se ha dicho, hacer otra conquista, y fue la de una grande provincia llamada Chirihuana, que está en los Antis, al levante de los Charcas. A la cual, por ser hasta entonces tierra incógnita, envió espías que con todo cuidado y diligencia acechasen la tierra y los naturales de ella, para que se proveyese con más aviso lo que para la jornada conviniese. Las espías fueron como se les mandó, y volvieron diciendo que la tierra era malísima, de montañas bravas, ciénagas, lagos y pantanos, y muy poca de ella de provecho para sembrar y cultivar, y que los naturales eran brutísimos, peores que bestias fieras; que no tenían religión ni adoraban cosa alguna; que vivían sin ley ni buena costumbre, sino como animales por las montañas, sin pueblos ni casas, y que comían carne humana, y, para la haber, salían a saltar las provincias comarcanas y comían todos los que prendían, sin respetar sexo ni edad, y bebían la sangre cuando los degollaban, porque no se les perdiese nada de la presa (Garcilaso de la Vega [1609] 1985:II, 123).

Desde temprano en la colonia, el término Chiriguana fue usado para designar a la vez una región en el piedemonte andino, la cordillera chiriguana, y el grupo étnico que la habitó, los “*chiriguanaes/os*”, resultante de la mezcla de sangre entre los invasores guaraníes y los sometidos chanés. Estas dos aserciones imbricadas la una en la otra, comportan una cronología definida -aunque no ajustada-, que comienza con el arribo definitivo de los guaraníes en el piedemonte andino. De manera resumida, las fuentes clásicas señalaron varias fases u oleadas migratorias de los guaraníes en el contrafuerte andino, desde el reinado de Pachacuti Yupanki (1438-1471), hasta la expedición de Ñuflo de Chávez en 1564 (Gandia 1929). Sin embargo, durante los primeros años de la conquista española, el término Chiriguana no aparece en las fuentes vinculada a la vertiente oriental sino mas bien como una sinonimia explicitada de Chile, “Chile o Chiriguana”, o bien como un reemplazo de Chile⁴ para designar el territorio que partió a conquistar el adelantado Diego de Almagro. Estas fuentes fueron recientemente re-examinadas por Isabelle Daillant, quien pudo reconstruir el derrotero que tuvo el término chiriguana antes de lograr su connotación geográfica y conceptual definitiva en la segunda mitad del siglo XVI (Cruz *et al.* 2011). En su mayoría se trata de fuentes muy tempranas y poco conocidas, redactadas entre 1536 y 1538, o pocos años más tarde, cuando los cronistas regresaron a España, pero continuaron empleando un vocabulario de la época en que recolectaron las informaciones. Las mismas se encuentran relacionadas con la entrada de Diego de Almagro en Chile (1535-1537) y, en todos los casos, Chiriguana aparece como un tér-

mino exclusivamente geográfico. Un ejemplo lo encontramos en una carta de Francisco Pizarro ([1536] 1986:225) quien encomendaba a Andrés de Azcutia para que vaya “a las prouinçias de chiriguana en busca del señor adelantado Don diego de almagro”.

No sería hasta años más tarde, que el término Chiriguana comenzaría a despegarse de Chile para situarse al otro lado de la frontera, en el norte de Argentina, en una región recorrida por Diego de Almagro en su periplo hacia Chile⁵. Chiriguana comienza entonces a figurar como una región pre-andina, o del piedemonte, pero en latitudes demasiado meridionales como para concernir a las migraciones guaraníes. Es en esta región que encontramos, otros años más tarde, el término “*chiriguanaes*” en tanto que gentilicio (por ejemplo, de La Gasca [1549] 1867:79). Es importante señalar aquí que hasta entonces, ninguna fuente señalaba la existencia precisa de un pueblo “chiriguana” o un territorio “Chiriguana”, en el piedemonte andino. Resulta relevante aquí la entrada que Diego de Rojas realizó por Tarija en 1539-1540, la cual se considera generalmente que tuvo como objetivo la conquista de los *chiriguanaes*. Sin embargo, en los documentos anteriores a la entrada se señala que la misma tenía por objetivo no la conquista de los *chiriguanaes*, sino mas bien la de los indios “macaros”.⁶ La expedición terminó en un fracaso, no sólo no se hallaron a los indios buscados, sino que a ciencia cierta no se sabe a dónde fueron, por dónde fueron y, menos aun, a dónde llegaron. Pero, lo interesante del caso es que en la documentación posterior a la fallida entrada, sobre todo en probanzas escritas a partir del año 1545, el anterior gentilicio “macaro” fue reemplazado por el de “chiriguana/*chiriguanaes*”. Sin embargo, ninguna de ellas señala haberlos encontrado, ni brinda señales de su localización. No sería recién hasta 1548 que aparecen los primeros documentos mencionando a los *chiriguanaes* sobre un amplio espacio de la vertiente oriental, desde el sur de Santa Cruz hasta Tarija, portando los mismos atributos de fiereza y belicosidad bajo los cuales serían caracterizados más tarde. No obstante, el etnónimo *chiriguanae* continuaba siendo igualmente relacionado por otros autores con la región de Jujuy, e incluso más al sur, con la gobernación Tucumán. Así, en 1549, de La Gasca sentenciaba: “Y hecho el pueblo en Tucuman no solo defenderá á los indios de los Charcas destos Chiriguanaes, pero aun los sujetarán y quitarán desta bestial costumbre é uso” (La Gasca [1549] 1867:79). Por su parte, Sotelo de Narváez ([1583] 1965:391) los empujaría todavía más al sur, hasta las cálidas planicies de Santiago del Estero:

Comienzan los pueblos que sirven a Santiago dende un pueblo que se llama Yocoliguala hasta otro que se dice Colosaca y Calabalax. Hay otros muchos en medio déstos, y de ahí abajo están de guerra. Los más destos pueblos hablan lengua que dicen tonocote [así, por tonozote] y otra zanavirona, y de ahí abajo son indios Chiriguanaes, que comen carne humana.

Por el lado de los españoles del Paraguay, muy significativamente las fuentes que hacen referencia a los *chiriguanaes* aparecen recién a partir de 1557, bajo la pluma del Gobernador del Paraguay Jayme Rasquin ([1557] 2008) Sabiendo que los colonizadores españoles adoptaban los vocabularios locales, queda entonces claro que los términos chiriguana y *chiriguanaes* eran utilizados en el “Perú”, sobre todo por los incas. En el Paraguay tales términos no eran usados, ni por los españoles, ni por los indígenas locales -en particular los guaraníes-, de quienes los primeros se prestaron su vocabulario étnico, sino hasta 1557. Es decir que estas referencias aparecen en todos los casos después de realizado el primer viaje al Perú que hicieron los españoles del Paraguay en 1548-1549 (Julien 2007; Combès 2010).

En síntesis, a todas luces el término “chiriguana” fue empleado durante los primeros años de la conquista del mundo andino (1530-1545), de una manera muy amplia y móvil para designar a otros referentes que los grupos guaraníes establecidos en el piedemonte oriental. Así, por ejemplo, en varias de las fuentes que narraron las incursiones pioneras de Diego de Almagro en los Andes meridionales, este término, en tanto que denominativo de un espacio particular y/o un territorio, designó una “provincia” situada al sur del *Tawantinsuyo*, en un vasto espacio que se corresponde a grandes rasgos con la IV región en el norte de Chile. De hecho, en los primeros años de la conquista, “Chiriguana” fue corrientemente usado como sinónimo de “Chile”. Pero en paralelo, territorios poblados por *chiriguanaes* son igualmente referidos en regiones del Noroeste argentino (NOA), tales como los valles jujeños y Calchaquies, e incluso las planicies chaqueñas de Santiago del Estero. Asimismo, en las someras descripciones sobre los *chiriguanaes*, ellos son presentados como un pueblo salvaje, nómada y sin ninguna actividad agrícola, características que los acercan a la imagen dada a los juríes que poblaron las llanuras del NOA, pero que se alejan de las conocidas de los grupos guaraníes. Por el lado de las fuentes originadas por los españoles que incursionaron por las tierras bajas del Paraguay, resulta muy significativo que el término chiriguana recién haya sido empleado para designar a los guaraníes establecidos en el piedemonte oriental recién a partir de 1557. Más aun, antes de esta fecha, en ninguna de las primeras incursiones de los conquistadores en “tierra adentro” se da cuenta de la existencia de asentamientos o poblaciones relevantes de migrantes guaraníes. Finalmente, resulta igualmente interesante que estos primeros españoles que atravesaron el Chaco fueron guiados por aliados guaraníes (identificados como carios), quienes por entonces -o, a sus ojos- no portaban aun las clásicas caracterizaciones atribuidas a los “salvajes” chiriguanos.

Por otro lado, y contrariamente a la visión uniforme del espacio chiriguano, la cual fue construida desde la narrativa del Ande, otras fuentes del siglo XVI ofrecen una imagen más ajustada de este amplio espacio, donde se destaca la profusa *mélange* de etnónimos e identidades fluctuantes antes, durante y después del arribo de los españoles. En palabras de José Barbosa ([1719]

1975:9), cronista de Cuiabá, “son tantas naciones que no caben en los archivos de la memoria”. El padrón de encomiendas de Santa Cruz de 1561 (Combès 2010) es un testimonio explícito de la intensa cohabitación de grupos lingüísticos, naciones y étnias en un territorio relativamente acotado; entre 30 y 40 leguas a la redonda de esta ciudad se concentraron a lo menos seis grupos lingüísticos⁷ -entre ellos el guaraní-, y más de 40 grupos étnicos (Julien 2007; Combès 2010). Se trata, en efecto, de una de las regiones más diversificadas del continente desde el punto de vista lingüístico (Figura 2).

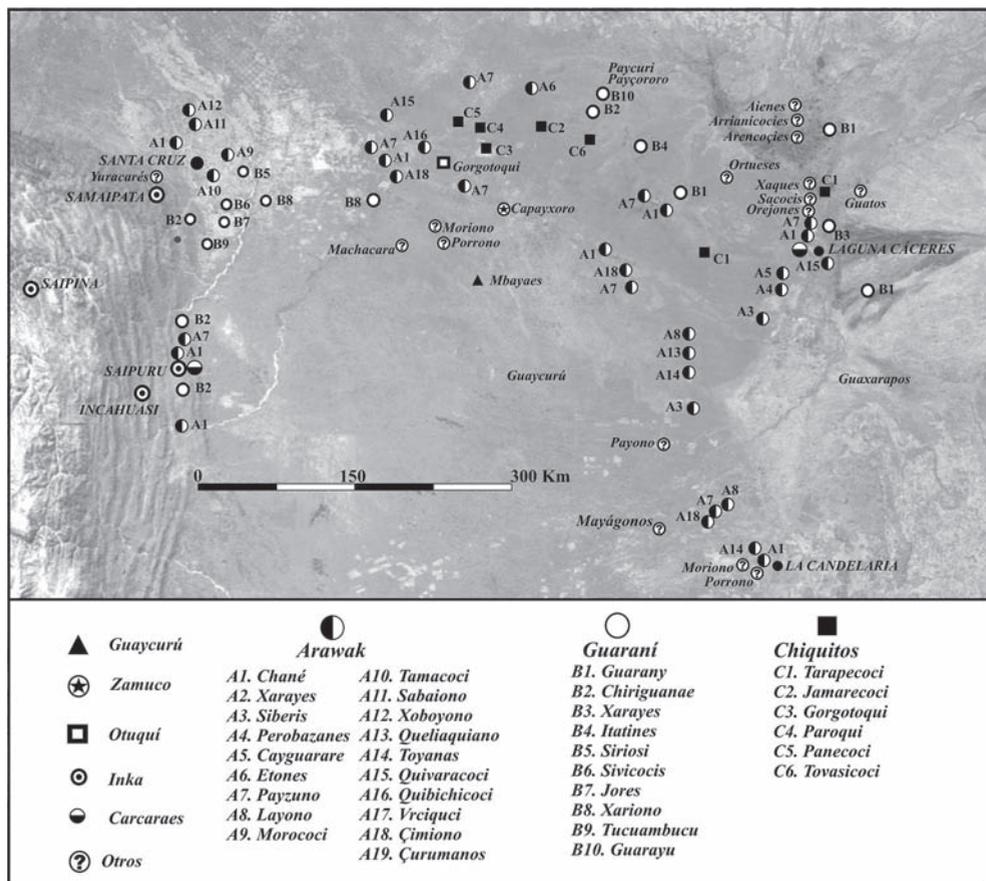


Figura 2. Mapa étnico de la vertiente oriental andina y tierras bajas en el siglo XVI confeccionado a partir de las fuentes señaladas.

Sobre el establecimiento de los guaraníes en esta región, es importante tener en cuenta que las primeras referencias (Irala [1541] 2005; Núñez Cabeza de Vaca [1555] 2003) los ubican no en el piedemonte andino, sino en el área de Itatin -ellos mismos señalados como itatines-, en el actual territorio de los guarayos, quienes podrían ser sus descendientes, al noreste de la actual Santa Cruz de la Sierra. La llegada de los guaraníes al contrafuerte andino

habría tenido lugar posteriormente, aunque no necesariamente involucraría a los mismos guaraníes/itatines. Esta nebulosa de generaciones y naciones de indios, sumada a la existencia de amplias áreas inter-étnicas y a la propia movilidad que tuvieron varios de los grupos que habitaron en la región, dificulta sin duda la elaboración de una cartografía étnica ajustada. No obstante, las informaciones dadas en las fuentes tempranas nos permiten tener un panorama general de lo que ella pudo haber sido y destacar algunos elementos relevantes. Por un lado, la ambigüedad, fluidez y permeabilidad de los territorios y límites étnicos pone en tela de juicio la aplicación en esta región de un concepto de frontera en cualquiera de sus formas. Por el otro, relacionado con lo anterior, el establecimiento de grupos guaraníes en ciertos enclaves específicos, rodeados por otros grupos étnicos, contesta el supuesto de una presencia hegemónica en tiempos prehispánicos y comienzo de la colonia. Así, la conformación de la “cordillera chiriguana” se habría dado de manera progresiva y sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

La hipótesis es, entonces, que a los españoles les tomó un cierto tiempo comprender que lo que los incas llamaban “Chile” (o Chili) y lo que ellos identificaron como “Chiriguana” no era la misma provincia, aun cuando los dos términos se encontraban fuertemente asociados. El segundo se encontraba sobre la ruta del primero, ir a Chile suponía ir también a “Chiriguana”, o pasar por ésta. La hipótesis siguiente es que lo que los incas llamaban Chiriguana era ciertamente una zona pre-andina, incluso podría tratarse del piedemonte oriental, pero que se encontraba en una región situada mucho más al sur de donde se situaría más tarde la “cordillera chiriguana”, notablemente en la región de Jujuy. A partir de este punto, varios elementos cobran relevancia si se re-examinan las fuentes que nos hablan sobre los incas y los *chiriguanaes*. Primero, los *chiriguanaes* son discursivamente asociados con Chile: ellos aparecen en general al mismo tiempo, o en pasajes que se encadenan inmediatamente. Segundo, llama la atención el carácter inadecuado de ciertas descripciones de los *chiriguanaes*, o de la región que ellos ocupan, dado que las mismas serían más ajustadas a las sociedades cazadoras-recolectoras del Chaco. Por supuesto, los *chiriguanaes* fueron los “grandes” enemigos de los españoles del Perú. Y ellos practicaban la antropofagia. No es de extrañar entonces las descripciones estereotipadas de los salvajes, tomándose simplemente como caricaturales aquellas que los presentaban como nómadas sin casas y sin agricultura. Al mismo tiempo, se observan paralelismos significativos entre estas descripciones y aquéllas brindadas para los habitantes de la región de Jujuy, independientemente que los indígenas descriptos hayan sido llamados “juríes”, “arabes” o “*chiriguanaes*”.

Finalmente, los numerosos espacios inter-étnicos que podemos vislumbrar en las fuentes del Paraguay, así como las recurrentes asociaciones entre determinados grupos étnicos como los paysunes, chimeos y carcaraes, todos ellos identificados como “señores verdaderos de metal” (Cruz y Guillot 2010), su-

gieren la existencia de una cierta estructuración territorial. La presencia de estos “señores verdaderos del metal” en las tierras bajas meridionales⁸, fue exhaustivamente analizada por Isabelle Combès (2005, 2009), aunque todavía no queda resuelto si se trataban de pueblos originarios de esta región, como fueron los chané y muchos otros, o bien, si se trataba en alguna medida de grupos procedentes de los Andes. La pregunta no es menor ya que, más allá de su respuesta, interpela a definir las múltiples concepciones acerca de los Andes y de lo “andino”. El contraste entre los Andes civilizados y civilizadores, tierras de minas y de producción de metales, y las salvajes tierras bajas desprovistas de mineral, ya no es tan evidente.

SAIPURÚ, LOS INCAS Y EL ASALTO GUARANÍ

“Incas”, “Paititi”, “señores indígenas del metal” e “incursiones guaraníes” confluyeron al sur de los antis, al pie de la cordillera Chiriguana, en las minas de Saipurú y Pampaguanaco. Pero a diferencia del legendario Paititi, estos dos enclaves se encontraban situados en lugares precisos y conocidos. Un documento, la relación de Diego Felipe de Alcaya ([1600] 1961), brindó detalles de algunos de los sucesos que tuvieron lugar en estos sitios y de los personajes que intervinieron en los mismos. La relación cuenta como Guacane, miembro de élite incaica en el Cuzco, fue encomendado por el capitán Manqo Inga como Señor y Rey de la vertiente oriental andina, al este de Cochabamba. Llegando desde Misque, Guacane se establece en Samaipata donde manda a construir “vna fortaleza grandiosa con muchos aposentos para el alojamiento de sus soldados de hermosa piedra labrada” (Alcaya [1600] 1961:48), cuyas ruinas persisten hoy en día. Desde allí Guacane entabla una alianza con Grigotá, Señor de “çinquenta mill indios”, muy probablemente chané, quien le informa sobre la existencia no muy lejos, al sur de Samaipata, de minas de plata y cobre en Saipurú, y de oro en Pampaguanaco. Con el fin de trabajar las minas, Guacane convoca a su hermano Condori, quien se encontraba en el Cuzco, para que se ocupe de Saipurú, y construye un establecimiento en Pampaguanaco donde explota los yacimientos de oro aluvial. Un contingente de 1.000 indios *mitmaqkuna*, seguido más tarde de otro de 5.000 indios, fueron trasladados a estos establecimientos para el trabajo de las minas. Sin embargo, poco tiempo después, en una violenta incursión, los guaraníes atacaron por sorpresa los pueblos de Saipurú y Pampaguanaco. Se trataría de la primera llegada de los guaraníes registrada en esta zona vecina a la vertiente oriental andina. Según el documento este ataque habría tenido lugar unos once años antes del arribo de los españoles, alrededor de 1526, es decir prácticamente al mismo tiempo, poco antes o poco después, del paso por la región de Alejo García (Julien 2005:223-266), el primer europeo en llegar a los Andes, algunos años antes que el desembarco de Francisco Pizarro en las costas peruanas.

Dos aspectos de esta temprana incursión, resaltados por Julien (2005:229-232) resultan aquí significativos. Por un lado, el europeo habría sido guiado por indios carios, probablemente de la región de Itatín, quienes poseían informaciones sobre la existencia de metales hacia el oeste, en dirección a los Andes, incursionando por lo menos una vez antes de su llegada. Por el otro, la expedición no habría alcanzado el espacio alto-andino, sino más bien al territorio de los paysunoos, situado en algún lugar entre el piedemonte oriental andino y las planicies contiguas al mismo.

Ahora bien, varias informaciones brindadas por Alcaya en su relación pudieron ser recientemente confirmadas desde la arqueología. Por empezar, existe en la actualidad un poblado llamado Saipurú que se corresponde geográficamente con su homónimo referido en la fuente. El mismo se encuentra localizado en el Chaco boliviano, a unos 30 km al este del piemonte andino (serranías de Pipirenda e Incahuasi). Las prospecciones arqueológicas realizadas en Saipurú permitieron registrar dos vastos sitios de habitación prehispánicos (SAI01-02), que se correlacionan con las ocupaciones incaicas referidas en la relación de Alcaya. Una de ellas (SAI01) se encuentra en la misma localidad de Saipurú, a 830 m y correspondería al establecimiento principal señalado en la fuente, mientras que la otra (SAI02), localizada a 6 km al oeste del primero, sobre los 950 m, estaría más relacionado con las explotaciones mineras. En ambos casos se trata de sitios multicomponentes que muestran ocupaciones del Período de Desarrollos Regionales e Inca representados principalmente por un estilo cerámico local que denominamos Saipurú (Cruz y Guillot 2010). El mismo se compone de piezas, principalmente pucos y escudillas, finamente decoradas con diseños polícromos geométricos y vasijas rústicas (Figura 3). Aparte del estilo Saipurú, fueron identificadas, como componente local, restos de cerámicas relacionadas con las tierras bajas chaqueñas, principalmente vasijas y urnas funerarias. En menor proporción, fueron identificados fragmentos y piezas cerámicas de estilos Inca e Inca provincial, y otros adscritos a diferentes regiones andinas vecinas, principalmente Yampara Presto-Puno, Jatun Yampara y, en menor medida, Qara-Qara. Estas últimas podrían bien estar relacionadas con los 6.000 *mitmakquna* andinos desplazados por los incas para labrar las minas de Saipurú que señala la fuente. Asimismo, se registraron en ambas ocupaciones evidencias (principalmente escorias y desechos de metales) que indican un desarrollo de actividades metalúrgicas y orfebres, produciendo principalmente metales con aleaciones de cobre (cobre-oro-plata-estaño) y plata (Cruz y Guillot 2010).

Por otro lado, numerosas estructuras funerarias, puestas en evidencia por procesos de erosión, trabajos agrícolas y/o obras públicas, fueron registradas en ambos sitios: los restos de quince entierros en urnas en SAI01 (al costado de la ruta), y más de diez entierros en urnas y en fosas simples en SAI02. No se identificó ningún elemento que atribuya tal diferencia a distintas cronologías o distintas poblaciones. En ambos sitios las urnas presentaban las mismas



Figura 3. Materiales hallados en Saipurú.

características en su forma, tamaño y rusticidad⁹. En cuanto a los entierros en fosa, en uno de ellos, en gran parte destruido por procesos naturales, fueron hallados los restos craneales de una joven adulta, con una marcada deforma-

ción craneana tabular oblicua, adornados con una diadema en aleación de cobre de gran tamaño, un pendiente igualmente en aleación de cobre (Figura 3), y numerosas cuentas de concha, azurita y sodalita. Este entierro fue recientemente fechado por AMS en 650 ± 30 años AP, lo que calibrado, después corrección del ^{13}C arrojó la fecha de 1281-1394 años d.C. Se trata de un fechado muy significativo dado que resulta considerablemente anterior a las informaciones brindadas por la fuente acerca del establecimiento de los incas en el sitio. El mismo corrobora las observaciones sobre la cerámica Saipurú, muy sofisticada en su elaboración, que señala un desarrollo local pre-incaico.

A diferencia de Saipurú, el establecimiento de Pampaguanaco señalado por Alcaya no pudo ser identificado. Sin embargo, informaciones orales recogidas en las comunidades guaraníes de Masavi e Igmiri, sugieren que el mismo se encontraría localizado en los límites occidentales de los Arenales de Guanaco, tal como precisa la fuente, precisamente sobre una colina llamada Tupao, cuyo nombre puede ser traducido como la “Casa de Dios” (Combès 2009:185-224). La jurisdicción territorial de Pampaguanaco se extendería por los llanos hasta la serranía de Khara Khara¹⁰, incluyendo las comunidades de Masavi e Igmiri en las cuales se registraron tanto evidencias de ocupaciones prehispánicas tardías como informaciones sobre yacimientos de metales preciosos. Por ejemplo, en cercanías del poblado de Igmiri se encuentra una colina llamada Korepotícua, la cual es considerada hoy en día como un lugar “donde se encuentra oro” (Cruz y Guillot 2010), y no muy lejos de ésta se extiende la serranía Khara Khara donde la memoria oral señala antiguos yacimientos de plata.

A manera de síntesis, los sitios registrados en Saipurú nos muestran la existencia de una configuración social local que se habría desarrollado con anterioridad al establecimiento de los incas en la región. En una primera aproximación, a juzgar por los materiales registrados, principalmente la industria cerámica y la metalurgia, se trata de una sociedad compleja, esto principalmente en términos de especialización y estandarización, semejante a sus vecinos andinos, entre ellos los yampara y los qara-qara, durante el mismo período. En esta perspectiva, los antiguos habitantes de Saipurú podrían bien corresponderse con aquellos “señores verdaderos del metal” referidos en las fuentes del siglo XVI, y dada su localización, es probable que se trataran de chanés, o bien que estuviesen en alguna medida vinculado con éstos. Sin embargo, los datos son aún insuficientes para relacionarlos con algún nombre particular (paysunoes, carcaraes, chimeos, etc.).

Por otra parte, bien que el estilo Saipurú señala un desarrollo local, significativamente el mismo guarda en sus formas y diseños estrechas semejanzas con los valles mesotérmicos andinos de Chuquisaca y Cochabamba (principalmente estilos Yampara, Mizque, Mojocoya y Tupuraya) y, en menor medida, con la región de Valle Grande, Santa Cruz, las tierras bajas chaqueñas y la Chiquitanía. Por su parte, la presencia de cerámicas procedentes de otras

regiones andinas (estilos Yampara y Qara-Qara) serían más tardías y, probablemente, vendrían a confirmar las informaciones brindadas por la fuente acerca del traslado de un importante contingente de *mitmaqkuna* para labrar las minas. Las explotaciones de Saipurú, Pampaguanaco y aquellas otras registradas en sus cercanías (serranía de Khara Khara) no serían, sin embargo, las únicas explotadas por los incas en esta región del Chaco boliviano. En la serranía de Incahuasi, distante 60 km al suroeste de Saipurú, fueron igualmente registradas otras explotaciones mineras asociadas con ocupaciones incaicas como en Muyupampa.

De esta manera, al mismo tiempo de confirmar varias de las informaciones brindadas por la relación del Padre Alcaya, el registro arqueológico viene a contestar aquellas otras fuentes coloniales y supuestos historiográficos contruidos a partir de las mismas que señalan una presencia hegemónica de los guaraníes, o chiriguanos, en la vertiente oriental andina en tiempos prehispánicos.

DISCUSIÓN

El caso de la cordillera chiriguana que tratamos aquí es un ejemplo más de la narrativa que contrapuso un Ande civilizado con las salvajes montañas y tierras bajas orientales (entre otros, Susnik 1968; Saignes 1985, 1990; Renard-Casvitz y Saignes 1988; Oliveto 2010), sobre las cuales, al fin de cuentas, poco conocemos en comparación con el área andina. Las escasas investigaciones arqueológicas llevadas a cabo no lograron aún contestar el carácter marginal con el cual esta región aparece en las fuentes documentales y en la historiografía. Un ejemplo concreto del peso de estas caracterizaciones y vacíos de conocimientos se encuentra en la indefinición que tienen aun los arqueólogos para identificar, tanto en lo cronológico como en lo material, qué es lo que resulta propio de los chiriguanos y lo que no. Esta indefinición condujo a considerar, por contraste, como chiriguano todo lo que no resulta “ya conocido”, por ejemplo, lo Inca o lo Yampara, o bien, aquellos elementos materiales que presentan características de rusticidad acordes con la imagen estereotipada dada a los mismos. Dentro de este marco de corte netamente evolucionista, y sustentado en la analogía etnográfica de principios del siglo XX, las cerámicas rústicas halladas en la vertiente oriental andina, generalmente piezas de grandes dimensiones, de gruesas paredes, y simples condecoraciones incisas y corrugadas, fueron consideradas como “*fossils directeurs*” de grupos de las tierras bajas, particularmente de filiación tupí-guaraní (Nordenskiöld 1913:205-255; Bennett 1936:406; Rydén 1956:121; Pärssinen y Siiriäinen 2003:221). No es sorprendente entonces que cerámicas de este tipo halladas en sitios localizados en los valles orientales de Chuquisaca (Sopachuy, Monteagudo, Ingre), en contextos fechados alrededor del 400 d.C., hayan sido consideradas como

indicadores de una migración muy antigua y sostenida en el tiempo largo de los guaraníes en los Andes orientales (Pärssinen y Siiriänen 2003:230-232). De esta manera, la adscripción de estas cerámicas a grupos guaraníes vino rápidamente a confortar el repertorio de fuentes coloniales, como Garcilaso, que señalaron una presencia de los chiriguanoes en la región desde mucho antes de que llegaran los españoles. Este planteo tautológico no contempló, sin embargo, la evidente posibilidad de que estas cerámicas “rústicas” hayan sido producidas por pueblos locales no-guaraníes, como es el caso de Saipurú. Por el contrario, fuentes como la relación de Alcaya que hemos visto, o aquéllas que se refieren a la expedición del adelantado Alejo García (Julien 2005), sugieren que el establecimiento definitivo de los guaraníes en la vertiente oriental andina habría tenido lugar en tiempos mucho más recientes, al mismo tiempo o poco antes que los españoles pusieran sus pies en el continente. Asimismo, las investigaciones en Saipurú, aunque incipientes, pusieron en evidencia la existencia en la región de una sociedad compleja anterior a los incas, la cual se muestra en muchos aspectos (modo de establecimiento, metalurgia, patrones funerarios, deformación craneana, etc.) mucho más próxima al mundo andino prehispánico que al de las tierras bajas en general, y al guaraní en lo particular. En este sentido, es probable que las campañas militares de los incas en estas regiones, referidas en las fuentes, no hayan apuntado a los chiriguanoes (guaraníes), sino más bien a otros grupos pre-andinos o del piedemonte, quienes habrían sido igualmente caracterizados desde la alteridad como pueblos “salvajes”. De hecho, tal como fue señalado por Nordenskiöld (1920:XIII); Combès (2011:63) y Oliveto (2010:48) el término chiriguano se habría correspondido con el de chuncho empleado más al norte, siendo ambos utilizados de manera genérica para designar a las poblaciones salvajes de la vertiente oriental andina. Más allá de las campañas incaicas, esta propuesta esclarecería también ciertas descripciones de los chiriguanoes de la época colonial, las cuales habrían continuado a portar elementos descriptivos propios de los antiguos *chiriguanoes* pre-guaraníes. Así, las referencias de *chiriguanoes* en la región de Santiago del Estero en los años 1580 puede reflejar un uso local todavía vigente del antiguo sentido.

En 1528, Luís Ramírez, un desafortunado miembro de la expedición de Sebastián Gaboto, escribía desde las riberas del Paraná una carta a su padre donde se refería sobre un misterioso Rey Blanco y a

una sierra adonde muchos indios acostumbraban ir y venir, y que en esta sierra habia mucha manera de metal, y que en ella habia mucho oro y plata, y otro genero de metal que aquello no alcanzaba que metal era, mas de quanto ello no era cobre, é que de todos estos géneros de metal habia mucha cantidad, y questa sierra atravesaba por la tierra mas de doscientas leguas, y en la alda della habia así mismo muchas minas de oro y plata y de los otros metales (Ramírez [1528] 2007:25).

Minas, metales y un Rey, estas informaciones fueron consideradas en la historiografía como una de las primeras referencias sobre los Andes y el Imperio de los Incas, al mismo tiempo que un testimonio sobre la circulación de la información entre los indígenas de las tierras bajas. Hoy podemos encontrar en este relato una referencia más a la vertiente oriental andina vista desde las tierras bajas. No sólo por el hecho que únicamente desde esta posición oriental se puede contemplar a los Andes como “una sierra de 200 leguas de largo que atraviesa por la tierra”. También porque, a diferencia de los Andes, desde las tierras bajas la vertiente oriental andina nunca fue considerada como aquel espacio de inexpugnables e insalubres montañas habitadas por salvajes y feroces indios. Por el contrario, las fuentes del Paraguay señalan que a los pies y en cercanías del contrafuerte andino se encontraban “verdaderos señores del metal”, los carcaraes, los paysunos y los chimeneos entre los principales, quienes no sólo produjeron elaborados ornamentos confeccionados en oro, plata y cobre, sino que se ocuparon de su circulación. Los antiguos pobladores de Saipurú pudieron bien haber sido considerados por sus vecinos como unos de estos verdaderos señores del metal. El hecho de que haya sido el gran cacique Grigotá, señor de 50.000 indios, quien revelara, y posiblemente entregara, las minas de Saipurú y Pampaguanacos a los incas, sugiere algún vínculo de la región con los antiguos chané. Sea como fuese, el posterior establecimiento de los incas, sin duda motivado por la explotación de los yacimientos metalíferos existentes, parece haberse llevado a cabo, a diferencia del Collasuyo, sin mayores conflictos, tal como fue señalado en la relación de Alcaya. La identificación en Saipurú de cerámicas procedentes de Chuquisaca y Potosí (Yampara, Qara-Qara) puede considerarse como un indicador de la presencia de *mitmaquna* desplazados para las labores de las minas igualmente señalado en la fuente. Sin embargo, pocos años después, el establecimiento de los incas y la explotación de las minas de Saipurú se verían interrumpidos por el devastador asalto de los guaraníes. A partir de entonces, y por más de 300 años, la cordillera entera quedaría bajo las manos de quienes portarían más tarde el nombre de chiriguanos.

Más allá de estos sucesos, el caso de Saipurú pone en cuestionamiento los límites que tuvo la expansión oriental de los incas en estas latitudes, y de manera general, la imagen de frontera atribuida a la vertiente oriental andina. Semejantes planteos se presentan más al norte, ya en la cuenca amazónica, con los establecimientos incaicos de Ixiamas y río Las Piedras (Pärssinen y Siiriäinen 2003), así como con las fuentes históricas que ubican el Paititi en Moxos y aún más allá de éste. Y algo parecido, pero aparentemente sin relación con la producción de metales, se observa en el Chaco austral, con las ocupaciones incaicas identificadas en la cuenca del río Salado (Taboada y Angiorama 2010), en la provincia de Santiago del Estero. Estos últimos enclaves incaicos, distanciados por algo más que 330 km del río Paraná, plantean incluso una nueva lectura de las informaciones sobre los reinos del metal andinos

que los españoles, como Luís Ramírez ([1528] 2007), recogieron durante sus fallidas entradas hacia el Paraguay. De suerte que las interacciones entre los incas y los diferentes pueblos de las tierras bajas pudieron haberse dado mucho más allá de los confines de los Andes.

AGRADECIMIENTOS

Muchas de las reflexiones aquí vertidas surgieron de las reflexiones del grupo de trabajo que constituimos junto con Isabelle Daillant, Vincent Hirtzel y Tristan Platt, dentro del marco del proyecto PICS *People inbetween. Andean-Amazonian relations in the piedemonte and their contemporary transformations*. Las indagaciones sobre el derrotero del término Chiriguana, plasmadas en el trabajo presentado en el TANOA III, fueron principalmente mérito de Isabelle Daillant. Sin embargo, todos ellos quedan liberados de la responsabilidad de lo aquí expresado.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta, J. de

[1590] 1987. *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid, José Alcina Franch, Historia 16.

Alcaya, D. de

[1600] 1961. Relación cierta que el Padre Diego Felipe de Alcaya (...) a su Excelencia el señor Marqués de Montes Claros. En *Cronistas cruceños del Alto Perú Virreinal*: 47-68. Santa Cruz de la Sierra, Publicaciones de la UAGRM.

Anónimo

[1548] 1896. *Relación del Licenciado Pedro de la Gasca al Consejo de Indias sobre los asuntos del Perú*. Santiago de Chile, José Toribio Medina, Imp. Elzeviriana.

Barbosa de Sá, J.

[1719] 1975. *Relação das Povoações do Cuiabá e Mato Grosso de seus princípios até os presentes tempos*. Cuiabá, Secretaria Estadual de Educação e Cultura/UFMT.

Barragán, M.

2001. *Historia temprana de Tarija*. Tarija, Editorial Gráfica Focet-Kokito.

Bennett, W.

1936. *Excavations in Bolivia. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 35(4): 329-507.

Bertonio, L.

[1612] 1984. *Vocabulario de lengua ayмара*. La Paz, CERES-IFEA-MUSEF.

Cerrón-Palomino, R.

2011. El legado onomástico puquina: A propósito de “Capac” y “Yupanqui”. *Estudios Atacameños* 41: 119-130.

Cieza de León, P. de

[1518-1554] 1967. *El señorío de los Incas*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

Combès, I.

2005. Las riquezas de la tierra: Acerca de las rutas prehispánicas del metal desde el Guapay hasta el Pantanal. *Socio-lógicas* 4: 89-112. UMGRN. Santa Cruz de la Sierra.

2009. Saypurú: el misterio de la mina perdida, del Inca chiriguano y del dios mestizo. *Revista Andina* 48:185-224.

2010. *Diccionario Étnico. Santa Cruz la Vieja y su entorno en el siglo XVI*. Santa Cruz de la Sierra, Instituto de Misionología, Editorial Itinerarios.

2011. Paititi y las migraciones guaraníes. En I. Combès y V. Tyuleneva (eds.), *Paititi, ensayos y documentos*: 52-99. Santa Cruz de la Sierra, Instituto de Misionología, Editorial Itinerarios.

Cruz, P., I. Daillant y V. Hirtzel

2011. “Chiriguana”: derrotero de un término en la historia y la arqueología de la vertiente oriental andina. Trabajo presentado en el *III Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro Sur (TANOA III)*. San Salvador de Jujuy.

Cruz, P. e I. Guillot

2010. Terra Argénteá. Los reinos de metales prehispánicos en el cruce de la Historia y la Arqueología. *Surandino Monográfico* 1. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires. http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/ravignani/prohal/SM_004_INFORMES_DE_INVESTIGACION/informes.html

Gandia, E. de

1929. *Historia del gran Chaco*. Madrid, J. Roldán y Cia.

García de Llanos

[1609] 1983. *Diccionario y maneras de hablar que se usan en las minas y sus labores en los ingenios y beneficios de los metales*. La Paz, Fuentes primarias N°1. MUSEF.

Garcilaso de la Vega, I.

[1609] 1985. *Comentarios Reales de los Incas*. Caracas, Aurelio Miro Quesada, Ayacucho.

González de Holguín, D. de

[1608] 1952. *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lengua quichua*. Lima, Ed. del Instituto de Historia.

Guaman Poma de Ayala, F.

[1615] 1989. *Nueva corónica y buen gobierno*. París, Institut d'Ethnologie, edición facsímil. *El primer nueva corónica y buen gobierno* (1615/1616) København, Det

Kongelige Bibliotek, GKS 2232 4°. Edición facsímil en:
<http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/335/es/text/?open=&imagesize=XL>

Irala, D. de

[1541] 2005. La relacion que dexo Dominco Minez de Yrala en Buenos Ayres al tpo q. la despobló. <http://www.elhistoriador.com.ar>

Julien, C.

2007. Kandire in Real Time and Space: Sixteenth-Century Expeditions from the Pantanal to the Andes. *Ethnohistory* 54(2): 245-272. Duke University Press.

2005. Alejo García en la historia. *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos* 11: 223-266.

La Gasca, P. de

[1549] 1867. Carta del licenciado Gasca al Consejo de Indias. De los reyes a 17 de Julio de 1549. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, Tomo L: 65-89. Madrid, Imprenta de la viuda de Calero.

Montesinos, F.

[1642] 1882. *Memorias antiguas, historiales y políticas del Perú*. Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta.

Nordenskiöld, E.

1913. Urnengräber und Mounds im Bolivianischen Flachlande. *Baessler-Archiv Band III*: 205-255.

1920. *The changes in the material culture of two Indian tribes under the influence of new surroundings*. Gotemburgo, Comparative Ethnographical Studies Vol. 2, Elanders Boktryckeri Aktiebolag.

Núñez Cabeza de Vaca, Á.

[1555] 2003. *Naufragios y Comentarios*. Madrid, Crónicas de América. Edición de R. Ferrando, Dastin S.L.

Oliveto, L. G.

2010. Chiriguano: la construcción de un estereotipo en la política colonizadora del sur andino. *Memoria Americana* 18(1): 43-69.

Pärssinen, M. y A. Siiriäinen

2003. *Andes Orientales y Amazonia Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú*. La Paz, CIMA.

Pärssinen, M., A. Siiriäinen y A. Korpisaari

2003. Fortifications related to the Inca Expansion. En M. Pärssinen y A. Korpisaari (eds.), *Western Amazonia- Amazonia Occidental. Multidisciplinary Studies on Ancient Expansionistic movements, Fortification and Sedentary Life*. 29-72. Helsinki, Renvall Institute Publications, University of Helsinki.

Pizarro, F.

[1536] 1986. Contrato con Andrés de Azcutia para prestar servicios como

- contra maestre del galeón San Cristóbal. En G. Lohmann Villena (ed.), *Francisco Pizarro: testimonio, documentos oficiales, cartas y escritos varios*. Madrid, Editorial CSIC - CSIC Press.
- Raffino, R.
1993. *Inka. Arqueología, historia y urbanismo del altiplano andino*. Buenos Aires, Ediciones Corregidor.
- Ramírez, L.
[1528] 2007. Carta de Luís Ramírez a su padre desde el Brasil (1528): Orígenes de lo 'real maravilloso' en el Cono Sur. Edición, Introd. y notas de Juan Francisco Maura. En *Col. textos de la revista Lemir*. Valencia, Parnaseo, Universidad de Valencia. <http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Ramirez.pdf>.
- Ramos Gavilán, A.
[1621] 1976. *Historia de Nuestra Señora de Copacabana*. La Paz, Academia Boliviana de Historia.
- Rasquín, J.
[1557] 2008. Petición de Jaime de Rasquín. En C. Julien, *Desde el Oriente. Documentos para la historia del Oriente boliviano y Santa Cruz la Vieja (1542-1597)*: 41-44. Santa Cruz de la Sierra, Fondo Editorial Municipal.
- Renard-Casevitz, F. M. y T. Saignes
1988. *Al Este de los Andes: relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII*. Lima - Quito, Instituto Francés de Estudios Andinos, Abya-Yala.
- Rowe, J.
[1946] 1963. Inca culture at the time of the Spanish conquest. En J. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians* Vol. 2: 183-330. Washington D.C., The Andean civilizations, Smithsonian.
- Rydén, S.
1956. *The Erlan Nordelskiöld Archaeological Collection from Mizque Valley, Bolivia*. Göteborg, Etnologiska Studier 22, Etnografiska Museet.
- Saignes, T.
1985. *Los Andes orientales. Historia de un olvido*. La Paz, CERES.
1990. *Ava y Karai. Ensayos sobre la frontera chiriguano, siglos XVI-XX*. La Paz, Hisbol.
- Santo Tomás, D.
[1560] 1951. *Lexicón o vocabulario de la lengua general del Perú*. Lima, Instituto de Historia.
- Sarmiento de Gamboa, P.
[1572] 1943. *Historia de los incas*. Buenos Aires, Emecé Editores.
- Sotelo de Narváez, P.
[1583] 1965. Relación de las Provincias de Tucumán que Dio Pedro Sotelo Narvaez,

Vecino de Aquellas Provincias, al muy Illustre Señor Licenciado Cepeda, Presidente desta Real Audiencia de la Plata. En *Relaciones Geográficas de Indias*, Vol. 183: 390-401. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles.

Susnik, B.

1968. *Chiriguano I. Dimensiones etno-sociales*. Asunción, Museo Etnográfico Andrés Barbero.

Taboada, C. y C. Angiorama

2010. Metales, textilera y cerámica: tres líneas de análisis para pensar una vinculación entre los habitantes de la llanura santiagueña y el Tawantinsuyu. *Memoria Americana* 18(1): 11-41.

Tejada Soruco, A.

2012. *Minería en las tierras bajas de Bolivia*. Cochabamba, Centro de Documentación e Información de Bolivia.

Tyuleneva, V.

2003. La leyenda del Paititi: versiones modernas y coloniales. *Revista Andina* 10, Año 5: 193-211. Cuzco, CBC.

2011. El Paititi y las expediciones incas en la selva al este del Cusco. En I. Combès y V. Tyuleneva (eds.), *Paititi, ensayos y documentos*: 7-23. Santa Cruz de la Sierra, Instituto de Misionología, Editorial Itinerarios.

NOTAS

- ¹ Según la gran mayoría de las fuentes tempranas de la colonia, el límite sur del Collasuyu se encontraba en los Chichas, quedando al margen las provincias de Chile y el Tucumán.
- ² Diferenciamos aquí Chiriguana (con mayúscula) en tanto adjetivo o sustantivo que identifica una región geográfica o un territorio, del gentilicio chiriguana/o (con minúscula, Pl. *chiriguanaes/os*). Asimismo, respetamos las distintas grafías con que este gentilicio aparece en las fuentes (p.e. *chiriguanaes*, *chiriguanoes*), reflejando estas disimilitudes distintos momentos cronológicos.
- ³ Bajo los nombres genéricos de anti y chuncho (o chunchu) se agruparon varios grupos que poblaron la vertiente oriental andina y planicies aledañas. En las fuentes los antis aparecen ubicados al norte, noreste y este del Cuzco, propiamente el Antisuyo, mientras que los chunchos figuran en un espacio más amplio, desde el este y sur del Cuzco hasta el codo de los Andes (Santa Cruz de la Sierra).
- ⁴ En cuanto al vocablo chile, resulta muy significativo que el mismo aparezca en el quechua utilizado en la minería de comienzos de la colonia para designar “lo más remoto, lejos y apartado de las minas” (García de Llanos [1609] 1983:34).
- ⁵ Fuentes más tardías, como Fernando de Montesinos, vincularían nuevamente Chiriguana con el camino a Chile pero sin especificar su localización precisa: “Prevenida la gente mandó Huirra Cocha que fuesen delante muchos oficiales abriendo y haciendo un camino real desde las charcas hasta chile por los chiriguanoes, pues ya le habia desde el cuzco hasta los charcas”. (Montesinos [1642] 1882:134).

- ⁶ “E por quanto vamos en nombre de Su Majestad e del Señor marquez don Francisco Piçarro en su real nombre a hacer un pueblo en el balle de Tarija e por el dho balle entren a descubrir la conquista de los indios macaros”. (En Barragán 2001:259).
- ⁷ Entre otros no identificados: Arawak, Guaraní, Chiquito, Guaycurú, Zamuco y Otuquí (Combès 2010:349-351).
- ⁸ Estos grupos se encontraban principalmente localizados en el piedemonte oriental y planicies alledañas que actualmente se ubican en el departamento de Santa Cruz de la Sierra.
- ⁹ Se trata principalmente de urnas de forma globular, de un diámetro variable entre 0,75 y 1 m, sin tapa y con superficies alisadas y decoración mayormente incisa (bandas formadas por diferentes tipos de líneas, puntos y reticulados). En algunos casos las urnas muestran bordes doblados.
- ¹⁰ Respetamos la grafía (Khara Khara) con la cual aparece esta serranía en la documentación cartográfica contemporánea diferenciándola del antiguo territorio étnico Qara Qara o Qaraqara situado en las tierras alto-andinas del departamento de Potosí.

DEBATE

CRUZ

Ortiz: Pablo, las cerámicas que mostraste, ¿son las que recogiste en los sitios del sector en donde estarían esas minas? Son cerámicas diferentes, ¿son de distintos sitios? ¿vienen de un sólo lugar? Parecen distintas cosas, es decir, diferentes estilísticamente. ¿Qué estás pensando en función de esta materialidad cruzada con las fuentes documentales?

Cruz: Cuando concurrí a Saipurú, lo hice con el objetivo de responder estas preguntas sobre los *chiriguanaes*, acerca de la Relación de Alcaya. En el primer viaje, cuando llegamos al actual Saipurú fue muy evidente constatar grandes cantidades de escoria dispersa en distintas partes del pueblo. Encontramos los dos sitios que menciona la fuente (la Relación de Felipe de Alcaya), el asentamiento principal de Saipurú y el lugar adonde se refugiaron los incas en las serranías. Nuestra idea no era montar un proyecto allí, sino corroborar las informaciones proporcionadas por la fuente, y decidimos no ir más lejos. El segundo viaje que hice fue para hablar con la gente del lugar y tratar de averiguar sobre otras referencias citadas por la fuente. Empezando con el cerro Korepoticua, el cual es una guarización de una palabra quechua que significa “el lugar donde vierte el oro”. O, el cerro Tupao, al que también refieren las fuentes y que, según lo que me contaron los pobladores del lugar, es casi lo mismo. Lo único que pude identificar en esa zona fue, primero, los testimonios de actividades metalúrgicas y, después, la cerámica incaica, la cual es evidente, así como varios estilos regionales que reconocí de mis trabajos en Potosí y Yampara. Pero hallé también todo este grupo de cerámicas (de Saipurú) que estaban asociadas en contexto junto a las otras, en los perfiles o junto a ellas, sobre las cuales no tenía la menor idea. Así que consulté con Sonia Alconini y con Claudia Rivera y con otras personas que trabajaron en las tierras bajas, y supe que no eran estilos cerámicos conocidos. [NOTA: Con posterioridad a esta consulta, Sonia Alconini pudo desarrollar entre 2013 y 2015 un proyecto de investigación en Saipurú; me remito a sus trabajos que están mucho más actualizados].

Ortiz: ¿Qué pensás de los fragmentos corrugados? Lo corrugado en las publicaciones está asociado con lo chiriguano. Más allá de lo que estás discutiendo de qué es lo chiriguano, si haces un correlato, un paralelo ¿has visto este tipo de material? y en esta área donde hay mucha gente, ¿qué significaba lo chiriguano ahí?

Cruz: Creo que primero está la cuestión de qué es la cerámica chiriguana. Como sucede con otros “fósiles directores” a los cuales recurrimos en nuestras prácticas, se trata más de nuestra necesidad de construir identidades territoriales, un problema que los arqueólogos aún no logramos resolver. Con el caso de la cerámica “chiriguana” emerge muy claramente este problema, ya que sin tener ninguna base, si encontramos esta cerámica rústica, la cual consideramos *a priori* como no andina, o menos “elaborada” que las andinas, les otorgamos, casi de manera automática, la identidad de estos “salvajes” que están llegando desde el este. Creo que no podemos definir ninguna identidad a partir de un estilo cerámico común. Ahí tenemos un debate de fondo. Lo mismo sucede con la cerámica San Francisco, identificarla, me sale instintivamente. ¿Pero, por qué me sale eso? Lo que nos dicen las fuentes, y que la arqueología empieza a mostrar en trabajos como el de Carla (Jaimes Betancourt) o de Heiko Prümers en las tierras bajas, es este avispero, estas dinámicas de pueblos que se cruzan, que están íntimamente interconectados, por lo cual es muy difícil hacer una caracterización general. Sobre todo, dándoles esta doble identidad chiriguano y también guaraní, más aún cuando sabemos que resultan de dinámicas que no siempre tienen mucho que ver.

Williams: Una consulta. Si sabés de qué lugar era originario Condori, el inca de Saipurú.

Cruz: No sabemos de Condori, pero suponemos que su hermano Guacane provenía de la localidad del mismo nombre, en la ribera del lago Titicaca.

Williams: Los objetos de metal ¿Los encontraste en superficie?

Cruz: La mayoría sí, salvo la diadema grande que fue hallada en una tumba parcialmente destruida.

Williams: La producción de metales en el lugar, ¿tenés una idea, para el consumo, hacia qué lado, ¿a dónde va dirigida esa producción?

Cruz: Por lo poco que vi en Saipurú no puedo decir absolutamente nada. A través de lo que están diciendo las fuentes de las tierras bajas, no el discurso andino, hay varios documentos que señalan una vasta zona productora de metal en la vertiente oriental andina, la cual no se corresponde con las descripciones de las minas “andinas”. Hay fuentes que son muy precisas al respecto y que refieren, por ejemplo, a una cordillera de doscientas leguas de extensión y cuarenta leguas de ancho. Claramente, no están hablando de los Andes. También queda por indagar acerca de la relación entre los qaraqara, señores andinos del metal y las serranías de Khara Khara, donde se ubica Saipurú.

Pienso que son metales que están circulando por todos lados, tal como sucede con las minas andinas.

Williams: ¡Gracias!

Ventura: Vos mostraste en la presentación análisis de piezas de metal. Había uno con latón. ¿Eso es de recolección de superficie?

Cruz: Es de superficie, del lugar donde viene no se halló otra cosa que esto.

Ventura: ¿Qué porcentajes tienen esos metales?

Cruz: Lo podemos cotejar después, acá no tengo las cifras.

Ventura: Bien, después lo vemos. Es para cotejar con los materiales con latón que hay en los valles orientales.

Cremonte: Me interesa este concepto anterior de *chiriguanaes* en referencia a Jujuy. Esto tan macro, tan genérico en referencia a Jujuy. ¿Hay referencias a juríes, lules, de momentos que serían anteriores a lo incaico? Lo que nosotros disponemos es como un círculo del cual no salimos, dicen juríes, lules.

Cruz: No puedo responder sobre si hay otras referencias anteriores a lo incaico que lo que sugiere Cieza hablando de Huayna Capac (1553) “Ordenado estas cosas y otras, pasó de las provincias sujetas agora á la Villa de la Plata, y por lo de Tucuman envió capitanes con gente de guerra á los Chiriguanaes; mas no les fue bien, porque volvieron huyendo”. Lo que hay son varias referencias que ubican una región “chiriguana” y un grupo “*chiriguanae*” en el NOA, antes de que esta sinonimia se aplique a las migraciones guaraníes. Primero, Herrera (1534) quien dice: “quiso el governador, que el Mariscal se fuese a residir en el Cuzco, para gouernar lo de aquellas partes: para lo qual le dió sus poderes, con facultad de entrar a descubrir; especialmente por las partes que llaman Chiriguana, a la parte del Austro”. Después, Francisco Pizarro (1536): “Que vos el dicho diego defresnedo vays por despensero del dicho galeon este presente viaje que con la buenaventura va a las probinçias de chiriguana en busca del señor adelantado don diego de almagro”. Después Diego de Encinas (1558) (lee otra cita) y Narváez (1583), quien incluso los lleva más al sur, hasta Santiago del Estero.

Cremonte: Pero, ¿en dónde sería? Ubicados ¿dónde? ¿Estaban en el valle de Jujuy? ¿Hay una referencia más precisa?

Cruz: Al sur de Jujuy. Todos los localizan en las planicies. Son pre-andinos, no son andinos.

Cremonte: Entonces, no tendría nada que ver con los *chiriguanaes* de la zona del norte.

Cruz: Se trata de *chiriguanaes* “pre-guaraníes”. Hay registros que concuerdan en que aparecen por acá y que tuvieron fuertes enfrentamientos con los incas, a diferencia de los “guaraníes *chiriguanaes*” que aparecen posteriormente en las fuentes.

Cremonte: Agricultores.

Cruz: Hay referencias: “Pasado el Adelantado y su gente de la manera que esta dicho en el capítulo precedente llegó a la provincia de Xiuxuy [...] las cuales estaban alzados [...] como alabares” y, va a dar el nombre del asentamiento de Chicoana. Toda la construcción de los pueblos de esta región se basa, en este momento, en su caracterización como de salvajes, son atributos que se les otorgan y que después se traspasan a los chiriguanos.

Cremonte: Perdoná, lo que veo es que estas referencias, lo que nosotros hemos manejado hablan de juríes, pero nunca de *chiriguanaes*, ahí está hablando de *chiriguanaes*.

Cruz: Es de los alabares (árabes).

Cremonte: Sí, árabes, pero juríes, no nombran chiriguanos para esta zona del sur de Jujuy, y ahí Chicoana, con la interpretación arqueológica no encaja con nada.

Nielsen: ¿Árabes? ¿Como los moros?

Cremonte: Sí, como los moros, herejes.

Cruz: Sí, hacen la asociación. Por ejemplo, acá tengo a Encinas (1558) que refiere sobre Rodrigo Salcedo: “allí mandó el dicho don Diego de Almagro al capitán Rodrigo de Salcedo, que fuese con gente de á caballo á hacer guerra y castigo de ciertos indios cherigoanaes que se habían hecho fuertes en el pueblo de Jujuy é muerto ciertos españoles”. O sea, están hablando de estos grupos que están entrando y hacen la asociación directa, incluso hay una referencia de *chiriguanaes* y juríes, están utilizando también las mismas tipificaciones. Hay numerosas entradas entre Chile o Chiri, *chiriguanaes* y *chiriguanae* en Jujuy, y que progresivamente uno puede rastrear. Pero no se sabía bien dónde se situaban, es confuso. Sobre Chile y *chiriguanae*, los españoles piensan que está en Chile, lo dicen claramente cuando regresan, Chile está más allá de los *chiriguanaes*. Ahí es recién cuando empieza a aparecer (en las

fuentes) el nombre de Jujuy. Fue más tarde, primero con Candia, Peranzures, y la entrada de Rojas, y después a partir de 1548, que se comienza a asociar los *chiriguanaes* con los pueblos de la vertiente oriental andina, en lo que hoy es Bolivia. Pero todavía no están citados como guaraníes, ni están atacando a los españoles. Recién a partir de 1557 para las tierras bajas, en 1548 con Polo de Ondegardo que se empiezan a construir estos chiriguianos “malos”, y sobre todo después con Matienzo a partir de 1564. Es decir, el etnonimo *chiriguanae* se fue corriendo en el tiempo y en el espacio. La impresión que tenemos es que ha sido designado como la “gente de allá” que bien podrían haber sido los juríes, estos árabes, pero no sabemos. Pero de seguro no eran los moros de los españoles.

Albeck: ¿Cómo los moros? Como una cosa genérica.

Cruz: Porque eran nómades, como una caracterización.

Nielsen: Lo otro es que el canibalismo para los guaraníes está, al primer fundador de Buenos Aires se lo comieron.

Cruz: Ahí también hay una construcción, es un tema interesante. Uno de los rasgos de los guaraníes es que son exo-caníbales. Pero sobre los *chiriguanaes* del primer tiempo en la narrativa inca son presentados como endo y exo-caníbales. Los incas cuentan cómo ellos los van aculturalizando, a pesar de que ellos los atacan. Los *chiriguanaes* pre-guaraníes, los que se encuentran por acá en Jujuy, son civilizados por los incas, y dicen (por ejemplo Cieza), que después empiezan a vivir en las casas grandes, las malocas, dejan de comer a su gente y comen a los otros.

(Murmillos. No se escucha)

Cruz: No es lo mismo, porque en esa época hay una caracterización muy peyorativa del endo-canibalismo, de hecho, las primeras fuentes de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Irala, Diego García, que entran con los guaraníes, ellos dicen “nuestros aliados los carios que comen carne humana”. Hay un trabajo de Oliveto que trata sobre cómo están pasando estas categorías de aliados de los españoles aunque comieran carne humana, a ser estos salvajes que comen carne humana.

Lamenza: Lo del canibalismo, eso sí es un rasgo guaraní, la primera definición que creo diste vos que era de Gamboa, es casi igual a la de Schmídel de los tupí y de los carios la primera vez que los ve. Es la misma descripción que da de los carios a la altura de la actual Asunción del Paraguay, de hecho, el trato para volver con los guaraníes (carios) a atacar al territorio actual formoseño donde los habían atacado, no se sabe si una parcialidad de los payaguá (aga-

ces). El trato era que se dejen comer a los cautivos. El tema del exo y endo me parece que va por el lado de qué guaraníes (parcialidad) estemos hablando.

Cruz: No estamos hablando de los guaraníes, sino de las representaciones de los guaraníes.

Lamenza: Sí, sí, ya sé, pero entramos en esto mismo, la definición de los carios que aplican el exo-cannibalismo y los tupinamba son exo y endo -Schmidel reconoce similitudes en la lengua entre ambos grupos- y, sin irme del tema, en otro contexto lo podemos asociar a todo lo guaraní como generalidad, porque entramos en el mismo problema de la cerámica corrugada, para todos los problemas que surgen cuando asociamos corrugado con guaraníes, tupi guaraníes y como están las definiciones, nos mareamos.

Cruz: En esto entra el problema de la objetividad de las fuentes. A Schmidel como a todos los que entraron tempranamente por el Paraguay, les creo más que a Sarmiento de Gamboa, porque su obra es de épocas toledanas.

Lamenza: Además del hecho del mapita donde entraban, eran caníbales pero eran agricultores, o sea, no quedaba otra que ir con ellos en esa zona.

Cruz: Además, sobre las migraciones de los guaraníes, en el siglo XVI no hay guaraníes en el Mato Grosso. Por entonces, los guaraníes están siguiendo toda la costa, están en Laguna de los Patos, por ejemplo, y de allí se dirigen al Paraguay. Es decir, la migración occidental de los guaraníes se está dando por el Paraguay, no hay una entrada desde el norte (Mato Grosso). Desde el Paraguay los guaraníes se dirigen después al norte. Para volver un poco sobre nuestras conclusiones, esta construcción sobre chiriguana/*chiriguanae* se inserta dentro de una narrativa de un Ande civilizado y civilizador. En un primer momento designó un territorio medio vago, después a un gentilicio en el NOA, y después, bastante más tarde, identificó un pueblo (los guaraníes) que incursiona en la vertiente oriental andina, cambiando progresivamente su nombre por el de “chiriguanos”.

Albeck: Ya quedó dicho que hay un conocimiento muy vago de todo este territorio en esas épocas tempranas y es como un imaginario que circula en todos los Andes de cómo es esa zona, por eso se toman atributos que no son reales, pero sirve para estigmatizar a estas poblaciones, por eso mezclan también Chichoana, eran de guerra, eran todos *chiriguanaes*. Eso, por un lado; por otro, la cuestión del tema de las fortalezas, ¿Cuzcotoro no es una fortaleza?

Cruz: No puedo responder si es o no una fortaleza. A mis ojos es un enclave, un pucara, que tiene más que ver con el acceso a los recursos locales. La ca-

racterización de “fortaleza” responde a una lectura que hicieron los españoles de este tipo de sitio. Incluso en casos como Samaipata hay un fuerte español, un fuerte que se puede visitar.

Albeck: Leyendo a Pärssinen yo tenía esa idea, que eran como fortificaciones que iban avanzando hacia el este.

Cremonte: Lo último que escribió Alconini ya replantea lo de la frontera... lo de Cuzcotoro.

Cruz: Creo que en esto es importante pensar a los incas en dos tiempos o periodos. Un primer tiempo prehispánico que se extiende hasta los años 1550 (hasta la muerte de Manqo Inca en 1544), seguido del periodo en que se refugian en Vilcabamba (hasta 1571), cuando las contiendas en muchos aspectos son muy intensas. En 1564 Matienzo está exasperado porque le llega la noticia que los calchaquíes se están aliando con los chiriguano y con los incas. Es decir, le informan que están formando una alianza. No sabemos a qué chiriguano se refiere, pero sí sabemos de los calchaquíes. Estando conquistado una gran parte del *Tawantinsuyo*, esta zona ocupó un lugar central para la resistencia inca.

Albeck: Pero, hay toda una cuestión, decir Chicoana, ya se les paran los pelos a los españoles, porque son chiriguano, la guerra.

Nielsen: Retomando lo que había preguntado Verónica (Williams) sobre la circulación de lo de Saipurú del metal, un poco lo que estás planteando entonces, es que antes de ese ataque de los años veinte, los incas estarían explotando este mineral en un acuerdo pacífico con pobladores locales de tierras bajas.

Cruz: Eso es lo que señalan las fuentes...

Nielsen: Y tu reconocimiento arqueológico ¿sería consistente con eso?

Cruz: Los datos son insuficientes para responder la pregunta, pero podría ser un indicador la ausencia de fortificaciones, así como la asociación contextual entre la cerámica inca y los estilos regionales.

Nielsen: Sería un enclave incaico pactado con pobladores locales, que este ataque de guaraníes usado por Alejo García rompería este acuerdo territorial sobre el que operaba esa mina, ¿esa sería la hipótesis?

Cruz: Cuando los guaraníes atacan Saipurú no se van más. Toman prisioneros

a los incas como Condori y someten a los pueblos que se encuentran allí, no sabemos quiénes eran.

Nielsen: Según el relato del viaje de Alejo García, de hecho, se baja de la expedición en que venía porque le muestran objetos de metal, o sea, que uno puede pensar que la red de circulación de esa mina abarcaba tanto a los Andes como las tierras bajas, o sea, Alejo García ve metales que podrían ser relacionados con esa operación minera en la costa atlántica, le muestran los objetos, esto es lo que recuerdo, vos lo has releído hace poco...

Cruz: De hecho, Alejo García habría comenzado su derrotero en Santa Catarina. En Brasil están empezando a estudiar estas vías en torno a lo que fue el Peabirú, un extenso camino asociado con los incas que “supuestamente” comunicaba el Atlántico con los Andes. Pero no sólo tenemos que considerar a Alejo García, sino también a los que “entraron” por el río de la Plata, Solís, entre otros. Sabemos que a la altura del Carcarañá los españoles empezaron a encontrar primeros relatos (sobre las fabulosas minas de plata), y hay una importante circulación de metales por todos esos lados. A diferencia de lo que propone Tristan Platt, lo que hemos planteado con Isabel Daillant y Vincent Hirtzel, es que estas primeras referencias no tratan necesariamente sobre las minas de Porco y de los qaraqara, sino más bien de la serranía de la vertiente oriental andina. Cuando uno viene del Chaco y mira la vertiente oriental andina, ve un enorme paredón que parece no terminar más, y que se corresponde, al menos visualmente, con las 200 leguas que son señaladas por la fuente. Resulta claro también que cuando la fuente refiere que esta serranía no tiene más de 40 leguas de ancho, no se está refiriendo a los Andes.

Cremonte: ¿Eso dónde está ubicado? ¿En Santa Catarina?

Cruz: De hecho, por allí comenzó su viaje Alejo García. Según lo que pude informarme el camino del Peabirú tiene, incluso, algunos segmentos empedrados. Desde Santa Catarina, el camino se dirige al Paraguay, lo atraviesa y se direcciona a los Andes.